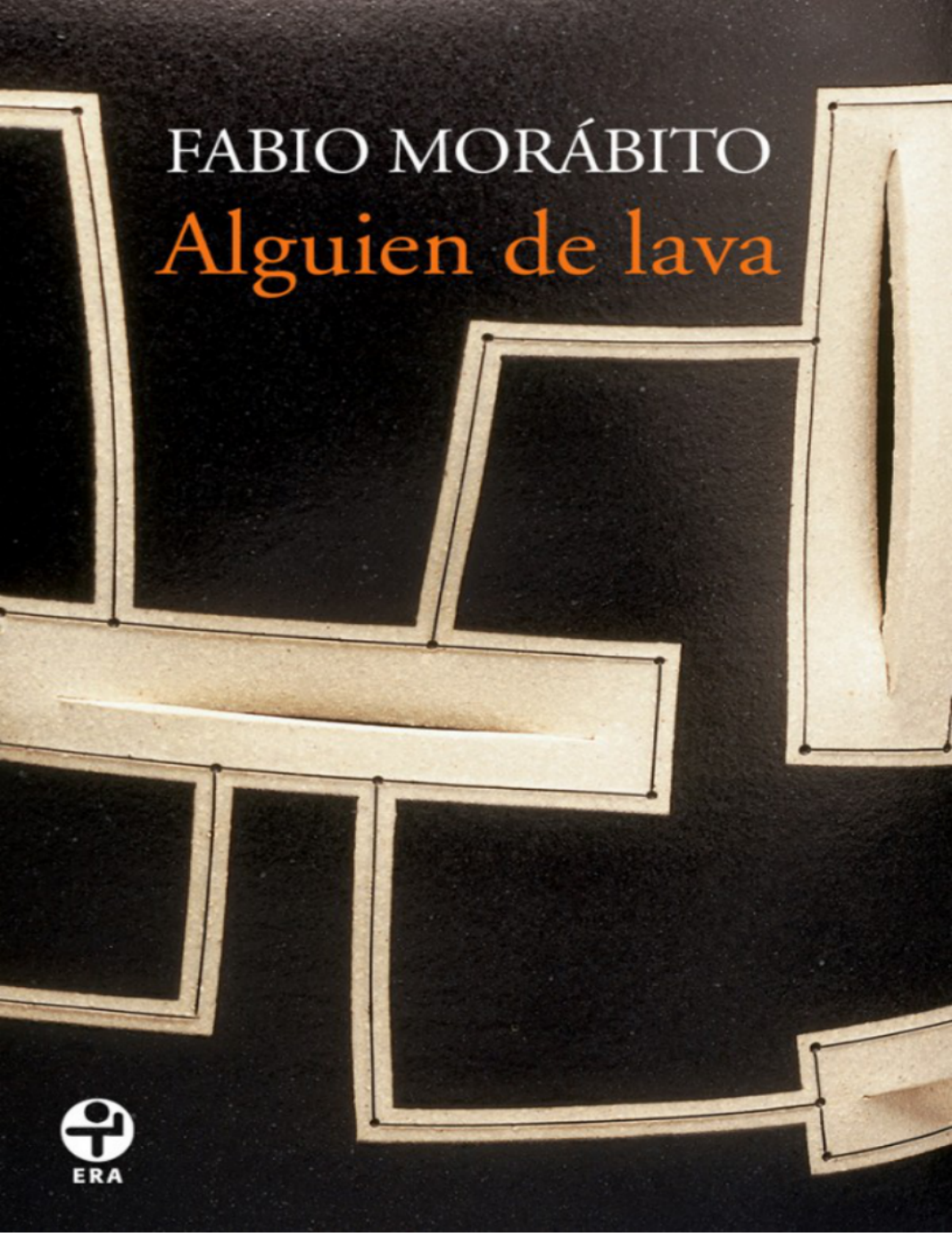
FABIO MORÁBITO
Alguien de lava
ERA

FABIO MORÁBITO

Alguien de lava

Ediciones Era

Este libro fue escrito gracias
en parte a una beca del
Sistema Nacional de Creadores.

Primera edición: 2002
ISBN: 978-968-411-551-4
Edición digital: 2013
eISBN: 978-607-445-245-7

DR © 2013, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Calle del Trabajo 31, 14269 México, D. F.

Portada: © Gustavo Pérez, pieza en homenaje a
Gunther Gerszo (detalle), 2001
Fotografía de Carlos Alcázar
Cortesía de la Galería López Quiroga

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño
de portada, puede ser reproducido, almacenado o transmitido
en manera alguna ni por ningún medio, sin el previo permiso
por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

I

Para que se fuera la mosca
abrí los vidrios
y continué escribiendo.
Era una mosca chica,
no hacía ruido,
no me estorbaba en lo más mínimo,
pero tal vez empezaría
a zumbar.
Un aire frío,
suave,
entró en el cuarto;
no me estorbaba en lo más mínimo,
pero no se llevaba
con mis versos.
Cambié mis versos,
los hice menos melodiosos,
quité los puntos,
los materiales de sostén,
las costras adheridas.
Miré la mosca adolescente y gris,
sin experiencia;
no se movía del mismo punto,
tal vez
buscaba entrar en la corriente
de las moscas,
buscaba a su manera unas palabras mágicas.
Rompí mis versos,
a fuerza de quitarles costras
habían quedado ajenos.
Fui a la ventana,
por un momento
todo lo vi como una mosca,
el aire impracticable,
el mundo impracticable,
la espera de un resquicio,
de una blandura
y del valor
para atreverse.
Fuimos el mismo adolescente gris,
el mismo que no vuela.

¿Qué versos que calaran hondo
no venían,
de esos que nadie escribe,
que están escritos ya,
que inventan al poeta que los dice?
Porque los versos no se inventan,
los versos vienen y se forman
en el instante justo de quietud
que se consigue,
cuando se está a la escucha
como nunca.

Piazza Gimma

Espío en el edificio
que tengo más a mano
el movimiento que comienza
en los balcones,
cómo reaflora
en las tareas primeras del amanecer
con gestos sin estilo aún, de repertorio,
la rutina,
y yo que me enamoro sólo en esta hora
en que la gente es más repetitiva,
más inconexa interiormente,
más llena de depósitos antiguos,
observo a la mujer que siempre sale en bata
en el octavo piso con su taza de café,
rubia matrona amante de la vida
que echa una ojeada al mundo mientras toma
dos o tres sorbos breves
y después, con gesto erótico,
sacude la tacita para remover
el fondo azucarado que le ofrece
el mejor sorbo, el último, el más dulce,
antes de despertar del todo.
Antes de despertar del todo
tú, rubia del amanecer,
te atienes a tu rito de degustación,
de intimidad contigo
y desde ahí, de tu balcón,
salida ya del sueño,
entras de veras a tu casa
con tus gestos,
no con los que heredaste de los tuyos.

Puesto que escribo en una lengua
que aprendí,
tengo que despertar
cuando los otros duermen.
Escribo como quien recoge agua
de los muros,
me inspira el primer sol
de las paredes.
Despierto antes que todos,
pero en alto.
Escribo antes que amanezca,
cuando soy casi el único despierto
y puedo equivocarme
en una lengua que aprendí.
Verso tras verso
busco la prosa de este idioma
que no es mío.
No busco su poesía,
sino bajar del piso alto
en que amanezco.
Verso tras verso busco,
mientras los otros duermen,
adelantarme a la lección del día.
Oigo el ruido de la bomba
que sube el agua a los tinacos
y mientras sube el agua
y el edificio se humedece,
desconecto el otro idioma
que en el sueño
entró en mis sueños,
y mientras el agua sube,
desciendo verso a verso como quien
recoge idioma de los muros
y llego tan abajo a veces,
tan hermoso,
que puedo permitirme,
como un lujo,
algún recuerdo.

Poder tener en cada cuarto,
junto al interruptor de luz,
su opuesto;
decir: “Enciende la negrura amor”,
y dejarla encendida
toda la noche para despertar
a oscuras
y no saber qué noche nos arropa,
si la de todos, negra, o la otra,
igual o más de negra, que encendimos
y no apagamos por olvido
o negritud de fondo;
y no saber si amanecer o no,
si ya dejar la cama o seguir íntimos,
o si prendimos la ceguera por error,
buscar su interruptor a tientas
y no encontrarlo y, despavoridos,
sentarnos en la orilla de la cama y esperar
alguna falla eléctrica
para recuperar la vista, el día y la casa.

No hay hoteles supremos
y aun en el más caro
se trasminan la tos,
el pleito, el amorío de junto.
No hay jardines sellados
ni *suite* que, por más alto que se eleve,
no esté debajo de las nubes y el mal tiempo.
La *suite*, el *pent-house*, la veranda…
las moscas nos impulsan a subir,
cuidando de no tocar a Dios;
el gesto que las espanta,
¿también espanta a Dios?
Quizá usemos las moscas como excusa
para alejar a Dios con la mano,
y el día que se acaben las moscas…
no quiero ni pensarlo.
Lejos de Dios y de las moscas,
en eso estriban los hoteles,
pero de noche, a solas, sin el sol,
cuando ya nada relumbra,
se trasminan la tos, el pleito, el amorío de junto,
y en una cama demasiado grande para uno
quedamos en la orilla
sin jardín,
ni excusas,
ni el lujo de dormir lejos de casa.

Me basta no pegar el ojo
por una fiesta en otro piso
que se desborda entre unas caras
que no saben que las oigo,
para sentir que sigo siendo
parte de otros vínculos,
de otra manera de sentir el mundo.
Contengo la respiración
como una víctima que inmolan
cuando la música se ensaña,
me visto sin prender la luz,
voy a pedir que bajen el volumen
y a veces me hacen caso,
pero me miran como si pensaran
que no he llorado esas canciones,
que puedo irme y no volver
y que quién soy si puedo irme
para pedirles que se callen.
A cada nuevo piso
al que me mudo acabo por pedir
que bajen el volumen.
El tiempo se me ha ido
pidiendo a los demás
que bajen el volumen.
De niño les pedía a mis padres
que bajaran el volumen de sus coitos,
y a veces me hacían caso.
Bien visto si he leído tanto
ha sido para defenderme del volumen
de los otros,
y si escribo,
he escrito para imaginar
cómo serían los otros con volumen bajo
o en silencio,
y el día que viva
entre los muros gruesos de un oasis,
entre unas pocas caras como piedras,
que son los libros del desierto,

me quitaré esos vicios.

Nos recibía la casa a oscuras
y andábamos a tientas los primeros días.
En el verano
la luz que apenas se trasmina
por las persianas de madera
es suficiente para andar por casa
y guarda la frescura de los cuartos.
De noche rara vez nos alumbraba un foco,
era de luz aún cuando nos recogíamos
y cada día, en la mañana,
abríamos una ranura nueva
y, gota a gota, el suero de la luz
desentumía la casa,
hacía crujir los muebles,
restablecía la suspensión del polvo.
Con una casa a oscuras tantos meses
se oye cómo sus muros se vertebran
al recibir los rayos que se filtran,
reacostumbrándose a la casa que revive,
y todos los crujidos son
crujidos de convalescencia,
hasta que un día,
con un tronido seco y lúgubre
que bien podía venir de los cimientos
o aun de más abajo, de un abajo
que daba escalofrío,
se despedían todos los ecos
y esa noche,
llenos de envidia los vecinos
se detenían junto a la verja
de nuestra casa iluminada.

Despierto cuando no amanece aún,
prendo la luz de mi escritorio y miro
si es la primera luz del edificio.
En realidad casi no escribo,
vigilo cómo nace el día,
cómo se encienden otras luces
de otros predios.
Los días que mi escritura
no se enciende,
afuera nadie se amotina.
Las luces se arrodillan
cuando ya amanece.
La mía del escritorio se resiste,
pero claudica como todas.
La tinta, si ha fluido,
tiene una prueba que pasar.
Se lee con otros ojos
lo que dictó la oscuridad,
que es todavía luz de ayer.
Con luz de ayer se escribe,
a oscuras, para que amanezca.

No quiero, pese a todo,
muros gruesos,
tan gruesos que no oiga
el silencio de los otros,
hecho de algunas voces y ruidos
que se filtran por los muros,
avisos de la vida
que transcurre al lado,
abajo, arriba,
en contra mía;
quiero unos muros que me aíslen
levemente,
contar con el silencio
que los otros tienen,
saber que es frágil,
que sin hacer ruido es como
estamos juntos
y estamos en contacto.
No quiero nada grueso
que me impida oír
que hay otros que desean de mí
que no haga ruido
y que a través de las paredes
que nos unen y dividen
escuchan mi silencio y lo agradecen.

II

El viento, más
que yo,
se fuma este cigarro
entre mis dedos,
dejándome el placer
de sólo tres o cuatro bocanadas,
y el mar expropia las palabras
que te digo,
porque, acostada, no me oyes.
El sol, el viento y la marea
te ensordecen
y cuando me levanto
para dar dos pasos,
viendo mis huellas que se imprimen
en la arena,
pienso que esas pisadas mienten,
que ya no piso así
desde hace no sé cuándo;
son huellas de otro
que sobrevive en mis pisadas, pues las mías
son mucho menos elocuentes.
Tú, en cambio, que me ves
completo e indivisible,
sabes mejor que nadie cómo soy mortal,
cómo mis huellas en la arena me describen
y cómo se plasma en ellas lo que soy,
sabes mejor que nadie cómo no escucharme.

Mi sangre no coagula rápido,
se cierra con dificultad
lo que se cierra en mí,
no me repongo por completo
de ninguna herida,
cada lastimadura degenera
en algo lívido,
cada derrame, aunque pequeño,
se toma el tiempo de un deshielo;
reveses tan remotos que otros cuerpos
entierran sin tropiezos
siguen pulsando para mi vergüenza,
causándome sonrojos anacrónicos.
Mi anemia no es de glóbulos,
sino de olvido.
Las puertas defectuosas me persiguen.
Esdrújulo no sólo al escribir,
sino también cuando respiro,
en mí todo demora para irse
una o dos sílabas de más,
una o dos venas añadidas al camino.
Me habría gustado
probar todas las jaulas
y cada vez salir sonriente,
hacer del escapismo un arte
y al fin huir del arte mismo,
vivir en pos del más pequeño alarde,
siempre llevándome a otra parte
mi hemorragia,
vida soluble en vez de saludable,
que se diluye encadenándose a otras vidas,
pero no deja en ellas sus entrañas.

Mi padre siempre trabajó en lo mismo.
Él tan voluble,
que entró y salió de tantas compañías,
toda la vida trabajó en el plástico,
tal vez porque nació donde no había montañas,
en un país que no era el suyo,
y lo sedujo una materia así,
desmemoriada de su origen,
que sabe regresar a su contorno
como el cuerpo
y que se saca de lo más profundo: del petróleo,
donde se borran los países.
Porque mi padre aprecia,
en las personas y las cosas,
que sean flexibles.
Ajeno a las verdades que se empinan
y a los esfuerzos y rodeos
con que la savia aprende su camino,
poco proclive a la madera y a los credos,
a todo lo que pierde humor
y gana arrugas,
nació en la orilla de un desierto
donde la falta de relieves disuadía
de concienzudas búsquedas del alma.
Tal vez por eso lo sedujo el plástico,
que viene de lo más profundo,
del último escalón del mundo
que alcanzamos,
de donde sube el sueño de una vida
adolescente y mágica,
irrompible,
sin esos nudos que en la superficie
delatan un penoso crecimiento.
Lo que nos viene
de lo más profundo,
nos viene como un soplo
o como un sueño,
y a los que me inquirían

sobre qué hacía mi padre,
toda la vida contesté:
trabaja en materiales plásticos,
como una fórmula esotérica.
¿Toda la vida yo también
trabajaré en lo mismo,
en la escritura,
en la palabra plástica y no rígida,
que es la palabra que se saca de lo más profundo?
¿De qué petróleo íntimo
nos salen las palabras que escribimos
y a qué profundidad
brota el estilo sin esfuerzo?
¿Qué tan al fondo
están las gotas de lenguaje
que nos curan
y nos redimen de la superficie
hablada?
Voluble como él, nacido
donde le tocó nacer,
busco lo mismo: una lisura que no existe,
una materia fácil como un soplo,
algo que dicho y repetido no se arrugue
y vuelva exactamente a su contorno.

Miramos largamente el mar
después del pleito, sin hablarnos.
No la pasamos bien en Cádiz
esos dos días.
Sentí al decir que no quería
tener un hijo por ahora,
que había llegado a un punto divisorio.
Por vez primera fui muy claro.
Adiós ambigüedad,
me dije, bien precioso,
ya comenzó la cuenta regresiva.
Supe que existirías,
que era cuestión de tiempo.
Si iba a seguir con ella, claro.
Si iba a seguir contigo, en suma.
Y ella también,
después de arrinconarme
entre su ser y el mar, lo supo,
el mar que nos quedamos,
después del pleito,
mirando largamente sin hablarnos.
No la pasamos bien en Cádiz
esos dos días.
Ve alguna vez a Cádiz
junto al mar, sin nadie,
y mira el mar como nosotros lo miramos
y fúmate un cigarro, absorto, y piensa
que estás donde empezaste.

Yo vine al mundo
en la ciudad más prostituida,
más circular,
más envidiada,
todo se deteriora
al acercarse a ella,
todo trabaja en su favor
para dejarla inalcanzable.
A lo mejor se nace siempre así,
a lo mejor todos nacimos en Alejandría.
Jamás he de volver a verla
porque mi edad, mis versos
(¿no son lo mismo?)
se han hecho
de esta lejanía,
no de otra cosa.
Mi verdadero lujo
es éste: haber nacido
donde no he de volver jamás,
casi no haber nacido.
Cuando me muera,
si he de morir,
me moriré más lejos que ninguno.

III

Cuando tocando madera
dices toco madera,
¿qué pájaro se cae,
qué flor se extingue en algún lado?
Cuando tocas madera
para desviar el rayo que temes,
¿qué rima o llanto estás matando?
Tocas madera para apagar un eco,
para matar un brillo,
para no ser herido,
ganas rebaño
a cambio de la savia que pierdes,
dejas un poco, para ser madera, de ser árbol,
el árbol que lo acepta todo:
la flor, el pájaro y el rayo.

Un día tendré un anillo;
teniendo uno, el árbol
se hace solo.
En cuanto a hojas,
sólo las necesarias.
No hay que ceder a su *glamour*.
También los vástagos proyectamos
una sombra. Y recordar,
si el vástago de junto gana altura,
que muchos tallos sorprendentes
no arborecen
y varios de los árboles mejores
vienen de brotes moribundos.
Un algo de tubérculo,
de agua tomada en préstamo y devuelta
con retraso,
y a veces ni devuelta,
de luz ganada sólo de reflejo, ayuda.
La tierra no se apura en tener árboles.
Es más, quisiera no tenerlos.
Hay algo milagroso en cada árbol,
algo que no se explica por los otros árboles.
Pudiera suceder que ya no hubiera
y a mí me toque ser el último.

Los árboles no son de madera
y no tocamos madera cuando tocamos un árbol.
Un árbol,
cuando ha exprimido el canto de sus ramas,
se recuesta en su tumba de madera,
toca madera y deja de ser árbol.
La madera de una silla no es madera muerta
y los árboles no son madera viva;
los árboles son árboles
y la madera es madera,
y los árboles muertos
son madera de pie,
madera con ramas y pájaros,
y no se sabe si los pájaros
los toman como árboles
o como lo que son: sillas silvestres,
madera para descansar que anhela que la quemen.
Los árboles se mueren de madera,
y el fuego,
que compendia en un minuto años de pájaros,
años de hormigas por las ramas,
conoce sólo un idioma: la madera,
y no sabe nada de los árboles.

¿Por qué si digo pájaro
me enciendo
y cuando digo ave me intimido?
Digo pájaros y pienso
en vuelos cortos,
no en migraciones,
en los esfuerzos para hacerse un nido;
digo pájaro y me embosco,
me enarbolo
y me ensombrezco,
y al decir ave me remonto,
pierdo la sombra y subo,
subo,
y sólo la curvatura de la tierra,
que no siento,
corrige
este elevarme sin descanso, traduciendo
el ave que hay en mí en un pájaro
que busca, en otro clima, un árbol.

Las tierras que se labran
también se dejan descansar.
Uno o dos años de barbecho
para dejar crecer los sueños que la agricultura
inhibe,
para que aflore
la tímida vegetación que no se atreve.
Y es hora de que tú también
te dejes aflorar entero,
océano Atlántico,
labrado y roturado por los siglos.
Queremos verte y descansar
de nuestro afán en tus orillas,
ya no cruzarte en una o dos generaciones,
dejarte en tu barbecho
y al dar la vuelta larga del Pacífico,
desinhibirnos.

Los dinosaurios
se enfriaban por la noche
y al otro día, curados
por el sol,
se hundían en la maleza
en busca de otros de su especie.
El verdadero sol era el rebaño.
El hambre comenzaba apenas se reunían
y el verde sólo les sabía
cuando el rebaño estaba en auge.
De noche,
sin pelambre,
sin el calor que el pelo ayuda
a conservar cuando oscurece,
entraban en un trance,
y al otro día
era como si fuera el primer día,
como si apenas comenzaran a vivir,
y como cada día era el primero,
crecieron sin medida,
que es como no crecer,
como quedarse niños.
Los niños son pequeños dinosaurios
a los que damos,
para que un día se cansen de crecer,
su diaria dosis de palabras,
que son nuestra pelambre.
Pasamos de la noche al día apalabrados,
sin conocer el fondo
de la luz ni de la noche,
que ya no aguantaríamos,
y ese calor que ellos sintieron
cuando el rebaño estaba en auge
y nuestra piel codicia aún,
lo recordamos cada vez que hacemos versos,
que son nuestra manera de sentir
la sangre fría que perdimos.

Sólo hay canto
porque hay montañas,
porque lo que decimos
las montañas lo deforman,
y así se forma,
con las palabras desvirtuadas
por los montes,
como el deseo de oírse
por primera vez,
el canto.
Ellas nos enseñaron
a no tener del todo la razón,
a suspendernos
y esperar.
Cuando aprendimos a callarnos
pudimos aprender a oírlo todo
sin asustarnos más
de lo que oíamos,
y en las palabras desvirtuadas por los montes
reconocimos un anhelo
que las palabras no decían.
Así, silencio y canto
vienen juntos
y para algunos son lo mismo,
porque después de los silencios
más profundos,
para volver a pronunciar
cualquier palabra,
es imposible no cantar.

Melanie Klein

Llego temprano por mi hijo,
para hacer tiempo
deambulo por la escuela,
me cruzo con los niños más pequeños
que no tienen horario
y, dispersos, deambulan como yo.
Me aparto
y lejos de las aulas
busco un rincón donde estar solo.
El sol inunda el patio sin un alma.
Oigo la voz de una maestra
y la de un niño que responde,
miro una lagartija
que sube por un árbol,
otra que baja por un muro.
Abro la llave de una tubería,
pero no sale nada.
También el agua estudia,
por lo visto,
y sólo sale en los recreos.
Qué lástima.
Los niños sin horario
al verme quieto y solo me rodean,
único adulto en la redonda,
y uno se trepa a mis rodillas.
En esta hora de sequía,
en esta inmensidad sin agua,
soy un árbol que da sombra,
la única llave de la broma abierta.

Sentado sobre el borde
de una especie de pirámide,
los pies colgando como un niño,
miro la turbulencia de la lava
que han encerrado en este círculo
y oigo a lo lejos el ruido
de unos autos.
Me arrulla ese sonido y ver
las rocas me hipnotiza.
La gente habla en voz baja
como si entrara a un templo
y los que quieren caminar
sobre la lava
se paran en el borde
y estudian la conformación rocosa
que tiene un sinsabor
de océano dividido
y un aire de ser piedra sólo
en las orillas, aunque
tal vez todas las piedras
son de lava
y no han dejado de enfriarse,
e imperceptibles círculos y rasgos
interiores,
si conociéramos el arte
de abrir piedras,
nos mostrarían la lentitud
de su convalescencia,
como sucede con los árboles;
pero ¿quién puede abrir,
que no es lo mismo que partir
en dos, o en tres, o en mil,
lo que se dice abrir, las piedras?
Si se les mira mucho
acaban por mostrar
su gris más íntimo,
y un poco de ese gris,
que a lo mejor sólo los pájaros

distinguen,
me ayuda a hacer la digestión
sentado sobre el borde
de esta especie de pirámide,
los pies colgando en el vacío.
Mi altura es ésta,
a media altura,
donde se acaban las pirámides.
Tengo la justa elevación
de los monólogos,
tal vez la justa elevación
de la locura,
y observo
el gris del fondo del cansancio
de las piedras
que es el secreto combustible
de las aves,
el gris del fondo de su vuelo
y el gris que ayuda
a todas las acciones;
pero tal vez la lava no es de piedra
y ningún círculo la enfría,
sólo la enfrían
los vuelos de las aves
que van en el sentido de su fluido.

Los elefantes nacen viejos,
tener desde el comienzo todas
las arrugas
es su sabiduría.
Pueden averiguarlo todo
porque reducen a su mínima
expresión, a su interior
desnudo y sin escoria,
lo que les sale al paso,
como hacen con los árboles,
o sea que pueden ignorarlo todo.
Su trompa es la extensión
de sus arrugas,
es la culminación de su vejez.
Tanta vejez anda en manada
para defenderse,
tantas arrugas juntas
para lograr
la calma de los elefantes,
su extraordinaria falta
de locura.
Llegar a todas las arrugas
de la tierra,
al fondo de los surcos
donde no hay sol, ni clima, ni deseos,
llegar
a la sabiduría de la esponja
y recibirlo todo, abrirse a todo,
envejecer de tanto abrirse,
palidecer por falta de carácter
y ser interiormente una manada,
nunca uno solo.

Arriba, en la azotea,
dibujan círculos
alrededor de los tinacos,
como buscando prolongar
el vuelo que los une,
pero la inspiración se ha ido.
No volverán como vinieron.
Hay un dicho:
la parvada que te lleva
no es la misma que te trae.
Y a veces no hay parvada de regreso
y cada cual
regresa solo y como puede.
Y debe de haber pájaros
que se resisten a dejarse ir en una
y luchan por no ver ni oír
un cielo que se surca
por gusto y no por hambre
y, si las ven pasar,
se quedan a cubierto,
entre las hojas y las ramas,
sin acudir a su llamado.
Les hablan de una Troya que no han visto,
no creen en la existencia de los Cíclopes
y no han probado qué se siente
cuando de pronto se vacían los nidos,
se enciende un vuelo sin un fin preciso
y cada cual mide su ser de pájaro sin árbol,
de pájaro entre los pájaros,
un árbol de puros pájaros, sin ramas.

IV

En el pasillo,
mientras leo,
se abre una puerta y se cierra,
se abre y se cierra,
y yo espero que se acabe su agonía.
Dicen que cuando el aire
abre y cierra una puerta,
alguien muy cerca está en peligro.
Hay que prestar oído,
cerrar el libro que leíamos
y unirnos a ese rezo;
no levantarnos a cerrar la puerta,
sino quedarnos quietos y oír, oír
hasta sacarle alguna música al crujido.

Yo que he olvidado las palabras
de los rezos,
enciendo el purificador de aire
por la noche.
Todos rezamos antes de dormir
aunque no recordemos las palabras
de los rezos,
y ese zumbido,
como un rezo,
da un toque lírico a los muros
de mi cuarto.
También quien reza,
me imagino,
reforma el aire
con su rezo,
lo pasa por un filtro,
pero prefiero ese zumbido,
que es fe en estado puro,
a las palabras de los rezos,
que circunscriben una fe
y estrechan el espíritu.
Tal vez rezamos
para recrear
la combustión del fuego
alrededor del cual nacieron
los primeros círculos.
Con el murmullo
de los labios
regresa otro murmullo
que le dio forma a nuestro oído.
Nuestras plegarias son el eco
del trabajo de las llamas
que levantaban de la nada un muro.
Algo en nosotros no confía en los muros
que son inmóviles y torpes,
el muro que realmente conocemos habla,
tiene una voz y un rostro,
respira como un animal

y esa respiración nos da tranquilidad,
la sensación de un círculo cerrado.
Nadie se duerme sin un poco de ese círculo
en los labios.

Quiero volver a mi materia,
quiero volver a lo que dije,
quiero cerrar la digresión,
poner el signo de paréntesis que falta
para cerrar el otro, que no encuentro,
quiero volver a la planicie verde.
O no lo encuentro porque no lo abrí,
ya estaba abierto
y todo lo que dije ha estado entre paréntesis,
y toda mi materia fue una digresión
y no hay planicie verde que me espera.

Yo también estuve en un coro,
en una voz sin grietas.
Jamás oí las voces
que debajo de esa voz
salían por una grieta, heridas.
Nunca aprendí la voz de cada rostro.
Desde que empezamos una sola voz
borró los rostros, las heridas.
Nuestro maestro sólo oía esa voz.
Pero sólo una voz herida es una voz audible.
No sé qué oían los que nos oían.

Se elige el agua
que se quiere hervir,
se abre la llave y se observa.
Cuando aparece el agua que se busca,
se pone el recipiente abajo de la llave,
se llena al gusto,
después se lleva el agua a calentar,
se abre la llave de la estufa,
sale la llama y se observa
hasta que aparezca el fuego que se busca.

Café

Rodeado escribo,
me aíslo en el barullo,
dejo descortezarme
hasta encontrar la voz que busco
(no escribo nunca con la mía),
y así me gano, entre estas voces,
mi escritura,
y todos vienen a lo mismo,
a consumir no el desayuno que ordenaron,
sino este vocerío,
porque el bullicio es nuestra cafeína.

Tengo un perro invisible,
llevo un cuadrúpedo por dentro
que saco al parque
como los otros a sus perros.
Los otros perros,
cuando al doblarme
lo dejo en libertad
para que juegue y corra, lo persiguen,
sólo sus dueños no lo ven,
tal vez tampoco a mí me vean.
Se ha ido dando a fuerza de paseos,
anima e inquieta a la perrada
y entre los dueños cunde la inquietud
y llaman a sus perros
para que no se forme la jauría.
Tal vez tampoco a mí me vean,
sentado en una banca,
doblado un poco
por el esfuerzo de dejarlo libre,
y aunque no pueden verlo,
tal vez sí ven al perro
que invisible, como el mío,
llevan dentro,
la bestia que no sacan nunca,
el perro que reprimen
llevando de paseo a sus perros.

No he amado bastante
las sillas.
Les he dado siempre
la espalda
y apenas las distingo
o las recuerdo.
Limpio las de mi casa
sin fijarme
y sólo con esfuerzo puedo
vislumbrar
algunas sillas de mi infancia,
normales sillas de madera
que estaban en la sala
y, cuando se renovó la sala,
fueron a dar a la cocina.
Normales sillas de madera,
aunque jamás
se llega a lo más simple
de una silla,
se puede empobrecer
la silla más modesta,
quitarle siempre un ángulo,
una curva,
nunca se llega al arquetipo
de la silla.
No he amado bastante
casi nada,
para enterarme necesito
un trato asiduo,
nunca recojo nada al vuelo,
dejo pasar la encrespadura
del momento, me retiro,
sólo si me sumerjo en algo existo
y a veces ya es inútil,
se ha ido la verdad al fondo
más prosaico.
He amortiguado demasiadas
cosas para verlas,

he amortiguado el brillo
creyéndolo un ornato,
y cuando me he dejado seducir
por lo más simple,
mi amor a la profundidad
me ha entorpecido.

El mapa de Chile

Debería haber nacido
en un país así,
que sólo quiso
colindar,
no madurar,
no recoger los frutos,
que no dibuja
ningún círculo,
que no rodea ninguna
cumbre,
que no rodea ninguna voz
con ningún eco
y todo lo convierte
en litoral,
en tristes argumentos de humedad.
Yo que me prendo
con cada surco
que me invita,
porque todos los surcos van al sur,
y sólo me siento seguro
siguiendo una verdad
latente que progresa,
debería haber nacido
en una patria así,
estrecha y dura,
monosilábica,
que sigue tercamente
a su primera rosa
y por seguirla
alcanza su medida más austera,
su sedimento más continental.
Ser exterior en todo,
librarme de mis inclinaciones,
hallar a cada paso
tan sólo la verdad que se precisa

para no carecer
de rumbo al sur,
ver todo el sur
que cabe en unos ojos,
y entonces regresar.

Sobre la mesa pende
la bombilla eléctrica y la madre
exhausta sirve de comer
a sus dos hijos que,
recién bañados, callan.
Tal vez acaba de gritarles.
Qué duro es no tener un hombre.
El más pequeño, absorto, mira el foco,
el filamento incandescente,
y su mirada se ensimisma.
Su madre se da cuenta y lo reprende.
Empiezan a comer, callados.
Mamá no está de buenas.
Pero el pequeño acaba de encontrar un territorio virgen.
Nunca se había fijado en que los focos
encierran una entraña.
Nunca se había fijado en que al fijarse en ellas
las cosas se hacen más visibles.

Sólo la infancia
tiene muros,
muros de cuyo grueso
nadie se preocupa.
Un día se caen
y dejan su lugar a las paredes,
cuyo espesor todos conocen,
y algunas se caen también
y dejan su lugar a simples divisiones
que imitan no paredes, sino muros,
por eso se comprende que son falsas.

En la playa

Los caminantes
dejan líneas de pisadas,
cientos de líneas que se mezclan,
rivalizan,
y quien camina por la orilla solo
no puede despegar los ojos
de las huellas que lo precedieron.
Busca una afinidad,
un alma que se le parezca,
que no encuentra. Las huellas
le muestran cuán distinto es.
Todas, menos las suyas,
le parecen pulcras y lozanas.
Se siente defectuoso.
Olvida que no ve personas,
sino pies,
y ni siquiera pies, sino pisadas.

A mi hermano

Hay hermanos que no aprenden
con la edad a caminar parejos,
a nivelar sus años en la calle.
Uno se apura y se adelanta,
y el otro, pisando
el surco abierto por su hermano,
se ensimisma,
tomando el surco como propio,
aligerando la tarea del que abre paso,
de modo que el favor es mutuo:
el de adelante se hace cargo del trayecto
y deja al otro libre de soñar
y especular,
quizá de ver más lejos,
y el soñador, al emular
los pasos del hermano que se apura,
los absorbe
para que el otro sienta cada paso propio envuelto
en otros pasos que lo siguen,
que lo disculpan
y lo exoneran de pisar,
que borran cada paso suyo
para que vuele y no camine.

V

Junto a los condominios de los vivos
los muertos dan un toque de jardín
que el buscador de sombra aprecia.
Ellos también se acondominan,
hay que buscar el nombre del difunto
en una gran pared,
dejar las flores en el nicho
(si está muy alto un encargado trepa
una escalera y deposita
la ofrenda por nosotros)
y dedicar un tiempo
a contemplarlo,
no equivocarse de cajón,
no curiosear en el dolor de junto
y sostener la vista
aunque nos duela el cuello
y sostener la compunción
y el llanto,
que en esa posición
se vuelven un problema,
pues sin la vista baja,
que es la que nos inclina
a repensar al muerto
y a revivirlo cada quien en su memoria,
se pierde el sentimiento de la tierra,
que todo lo que acoge y hace suyo,
lo pudre y envenena.
Los muertos quedan sin profundidad,
expuestos en un aire
de acomodo
como de estiba
en donde, pese a todo,
nos dan un toque de jardín
que el buscador de sombra aprecia.
Sus nombres sólo ahora
se pueden repasar y degustar
como tal vez sólo se pudo
a pocas horas del alumbramiento,
cuando los padres del recién nacido
lo pronunciaron por primera vez

y al pronunciarlo vieron a su hijo,
lo vieron y supieron
de qué se moriría.
El nombre es un temblor
que alumbra el primer día de luz y el último,
con tal intensidad que nos deslumbra,
y a lo mejor vivir
es ir de lumbre en lumbre
rehaciendo ese primer y único relámpago.
Sólo unos cuantos pueden
con un esfuerzo mínimo de labios
llamarse desde el fondo de sí mismos
y oír la voz que los llamó
recién nacidos
y oírse de su propia boca renacer.
No necesitan una cripta cuando mueren
porque mientras vivían su nombre
los alumbró sin desperdicio.
Siempre supieron
a qué sabía su nombre en otros labios.
Los otros tienen que esperar
que el nombre,
ya no alcanzable por los gritos de ninguno,
vuelva a ser dicho por los labios
de un curioso,
un simple buscador de sombra como yo
que lo repite imaginando el rostro
del difunto,
para que su dureza se evapore,
pierda su opacidad
y brille en otros labios como entonces.

Asomado con un ojo al reloj
y otro al paisaje,
si esto es paisaje,
mirando sin mirar,
nervioso,
casi sin ver lo que estoy viendo,
que por demás archiconozco,
quisiera estar así, asomado,
sin esperar,
y ver lo mismo,
pero con otros ojos,
sin pendientes.
Por el gusto de mirar.
Me lo propongo siempre,
pero jamás me acuerdo.
Sólo me asomo cuando espero a alguien.

Miro a esos dos de la mesa del fondo
y aunque no oigo lo que dicen,
por las caras que ponen,
por sus gestos,
por cómo cada uno escucha al otro
y asiente convencido
o lo interrumpe,
los envidio.
Quisiera unirme a ese fervor
que apenas necesita de palabras,
gesticular con ellos
sin el volumen de la voz,
como los veo de mi lugar;
dejar al fin brillar los labios,
comunicarnos con la sola mímica
y acalorarnos con el puro cuerpo.

Especie extinta, si las hay,
la de los hombres de zapatos blancos.
¿Dónde se habrán metido,
calziblancos que traían
a nuestro corazón urbano las palmeras,
los días costeros cuya luz
era más luz
si había señores de zapatos blancos,
zapatos hechos para el baile
y absueltos por el sol, que así podía
desentrañar la sombra
y dar el blanco por sentado?
Qué hermoso era que hubiera
esos varones mercuriales
que con sus mocasines blancos nos decían:
la vida puede darse entera en una orilla
sin dar la espalda nunca a lo que amamos,
siempre en el filo del primer atisbo,
jamás retrocediendo,
jamás oscureciendo nuestros pasos.
Se alaba de sus pasos la ciudad,
ellos que introducían en el tráfico
la nota discordante de una brisa.
¿En qué salón de baile se han reunido?
¿Por qué no salen como antes
a decirnos que los años
son demasiado pocos para malgastarlos
con el calzado negro de la prisa?

Vine al principio por los árboles,
pero me aficioné a los nombres de las criptas,
que leo como quien toma una infusión,
a breves sorbos.
Buscaba la corteza,
algo que se pudiera recorrer
indiferentemente con los ojos o los dedos
y hallé estos nombres en perpetuo asueto,
libres de nuestros gritos y reclamos,
algunos libres ya de todo labio humano,
que son tal vez otra corteza,
la capa extrema del idioma,
la más delgada de sonido,
la última cancha de las sílabas.
Si todo se leyera así, como estos nombres,
interrumpiendo lo leído
para seguir en otro punto,
tratando a las palabras como criptas
y no cediendo a los halagos del discurso;
si se cursara el primer año entre los muertos,
no en las escuelas,
y en vez de repasar conceptos
se repasaran los difuntos,
en cada cosa que diríamos de grandes
la muerte habría dejado ya
su gota de precioso antídoto,
una amargura en el lenguaje
que se transmitiría, qué duda cabe, al resto,
y hablar, así, sería una forma
de hacer crecer en nuestra compañía
este silencio inmenso,
como morir, de alguna forma,
la plenitud de lo decible,
y leer aquí estos nombres
que, en perpetuo asueto,
se dejan degustar,
sería empezar a hacernos el oído
a nuestro propio nombre

en labios de los vivos,
cuando los nuestros ya estuvieran mudos,
que no es el mismo que escuchamos
con nuestro oído ahora
y de esos mismos labios,
aunque se escriba y lea del mismo modo.

Pierino Sempio

Tal vez fue la manera que tenías
de abrirlos,
de sostenerlos con la mano
frente al grupo
y caminar por el salón leyendo
con voz pausada,
sin dar explicaciones para no romper
el ritmo del relato,
como si el ritmo fuera todo,
aún más que el hilo de la historia
(la mano libre que guardabas
en el bolsillo de los pantalones te servía
para voltear las hojas
y, de paso, reconvenir
golpeándolo en la nuca
a alguno que no oía–
después volvías a hundirla
en esa parte de tu traje,
el único que usaste en toda la primaria),
lo que me descubrió cómo los libros
nos dan una postura,
una respiración distintas,
y escribo, más que nada,
para que un día los míos
se puedan sostener con una mano,
como sostenías los tuyos,
y sean legibles caminando,
la mano libre descansando en el bolsillo
y algo más libre descansando en uno
para poder seguir el hilo de la historia.

Ventanas encendidas, mi tormento.
Gente sólo visible en esta hora.
De día los edificios son triviales,
de noche la fragilidad de su interior me hechiza.
Se espía buscando desnudeces,
pero también por hambre de poesía,
hambre no de la piel del otro,
sino de su manera de gastar latidos,
de ver cómo transcurre un corazón ajeno.
Por eso morbo y poesía andan juntos.
Falta de prosa, mi tormento.
Lo que se espía,
siempre nos roe la duda
de si lo vimos o fue un sueño,
como ese día, hace años,
que a escasos cinco metros
vi a dos desnudos que se amaban.
No habían corrido por la prisa las cortinas.
Creí que estaba viendo una película.
Oscuramente con sus besos me enterraban,
me hundían en una ciénaga,
porque el que espía se hace de lava,
vuelve a las bóvedas rojizas,
al fuego de las fraguas donde viven
los cíclopes coléricos de un ojo,
la vista fija en el metal que aplanan.
Tal vez la intimidad de dos se basa
en la derrota de un tercero
que, expulsado, los espía,
alguien de lava con la vista fija.
Tal vez dos se desean porque un tercero
lleva el recuento de sus labios
y se intimida con el oro que despiden.
Tal vez dos nunca existen,
o dos afloran porque existe
alguien de lava, un cíclope, un hundido.
Ventanas encendidas, yo soy ése,
y sólo quiero, mientras veo, ser visto,

o al menos presentido
por esos que, en su espacio limitado
y con la luz prendida,
sabiéndose espiados, lo agradezcan,
y cada noche, sin decírselo,
dejen por mí su vida descorrida;
ser el oscuro atrás del vidrio,
la brasa que persiste,
la brisa que revuelve
el estancado aire de sus días,
el interior viciado por su aliento,
oscuro y necesario como la escritura,
que es brasa que también,
con calculada lentitud, se enfría.

Índice

I
Para que se fuera la mosca
Piazza Gimma
Puesto que escribo en una lengua
Poder tener en cada cuarto
No hay hoteles supremos
Me basta no pegar el ojo
Nos recibía la casa a oscuras
Despierto cuando no amanece aún
No quiero, pese a todo

II
El viento, más que yo
Mi sangre no coagula rápido
Mi padre siempre trabajó en lo mismo
Miramos largamente el mar
Yo vine al mundo

III
Cuando tocando madera
Un día tendré un anillo
Los árboles no son de madera
¿Por qué si digo pájaro?
Las tierras que se labran
Los dinosaurios
Sólo hay canto
Melanie Klein
Sentado sobre el borde
Los elefantes nacen viejos
Arriba, en la azotea

IV
En el pasillo
Yo que he olvidado las palabras
Quiero volver a mi materia

Yo también estuve en un coro
Se elige el agua
Café
Tengo un perro invisible
No he amado bastante
El mapa de Chile
Sobre la mesa pende
Sólo la infancia
En la playa
Hay hermanos que no aprenden

V
Junto a los condominios de los vivos
Asomado con un ojo al reloj
Miro a esos dos de la mesa del fondo
Especie extinta, si las hay
Vine al principio por los árboles
Pierino Sempio
Ventanas encendidas, mi tormento

Foto: © Paola Tinoco

FABIO MORÁBITO (1955) es autor de libros de poesía: *Lotes baldíos* (1985), que ganó el premio Carlos Pellicer en ese mismo año; *De lunes todo el año* (1992), que ganó el premio Aguascalientes en 1991, y *Alguien de lava* (2002), los tres reunidos en el volumen *La ola que regresa* (2006). Ha escrito tres libros de cuentos: *La lenta furia* (1989), *La vida ordenada* (2000) y *Grieta de fatiga* (2006), este último ganador del premio de narrativa "Antonin Artaud" 2006, así como dos libros de prosas: *Caja de herramientas* (1989) y *También Berlín se olvida* (2004). Ha publicado una novela, *Emilio, los chistes y la muerte* (2009), una breve novela para niños, *Cuando las panteras no eran negras* (1996), y un libro de ensayos, *Los pastores sin ovejas* (1995). Tradujo la poesía completa de Eugenio Montale (2006) y el *Aminta* de Torquato Tasso (2001). Ha residido largas temporadas en el extranjero y varios de sus libros han sido traducidos al alemán, al inglés, al francés, al portugués y al italiano.